

HUESOS ROTOS una obra de tontodechoque

Capítulo 5: Dédalo

Se recomienda imprimir este capítulo en papel blanco, pues información importante puede perderse de lo contrario.

Pasos pesados reverberaron sobre la pared en la que Vermillion se apoyaba. Un largo recorrido les precedía; era negro como el tizón, pero sus ojos pudieron adaptarse. Mayor dificultad le suponía cargar con la armadura, pero no estaba en posición de pedir tiempo muerto.

Es increíble la velocidad a la que un ser puede adaptarse a un nuevo entorno. No habían pasado allí ni media hora y Vermillion ya había excedido sus límites sensoriales. Y, pese a todo, seguía adelante, en un peculiar estado mental que le hacía acordarse del olor de las hortensias.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Vermillion en un intento de olvidarse del recuerdo, su cabeza apuntando al pie de la armadura.

Como si no supiera de qué le hablaba, ella siguió su mirada hacia el suelo, y cuando hubo visto su pie se encogió de hombros.

—¿Crees que puedes andar sin mi ayuda?

Ella devolvió la vista hacia la venda improvisada y acabó negando con la cabeza con lentitud tras unos momentos de deliberación. Al darse cuenta de lo avergonzada que debería estar sintiéndose, Vermillion aparcó su frustración inicial por su respuesta.

Más allá de aquellos confines de piedra y humedad les aguardaba una cámara expectante. No era muy diferente a los aposentos de Sir Vértigo en términos de decoración, pero su propósito era, sin duda, diferente. Tras un arduo esfuerzo, ambos seres alcanzaron la puerta que les transportaría a aquel extraño lugar.

Nada más entrar, Vermillion pudo sentir unas palmadas en el hombro, señal de que la armadura necesitaba parar. De inmediato, dejó que se sentara en el suelo a la misma vez que elle observaba el interior de la estancia. Cuando detectó la presencia de reliquias, recordó de inmediato cuál era la parada final del recorrido que preparó Sir Vértigo. Por supuesto, sacó de su mata de pelo el registro de tesoros que recuperó del archivo con el fin de revisar su interior, pero la armadura le detuvo al poner su mano derecha en la tapa.

—Esto... Si Vértigo pregunta, tú no me has visto con esto, ¿vale? —explicó mientras se ponía en el suelo junto a ella. —Cuando termine de tomarlo prestado, lo devuelvo.

A la vez que sentía como le caían las gotas de sudor, intentó estirar del libro para que la armadura lo soltase. Sin embargo, ninguno de los estirones fue suficiente para hacer que lo devolviera.

—¿Qué? ¿No te fías de mí? —rió.

La respuesta de la armadura fue simple. Hizo que su yelmo se inclinara hacia arriba, devolviendo la pregunta sin mediar palabra.

Aquella expresión le resultó tan familiar como lejana, al venir de alguien con el cuerpo oculto por completo. Pese a lo extraño que fuera encontrarla en un sitio como aquel, para Vermillion, ese gesto significó la unión de un vínculo que daba por perdido.

No había tenido noticia alguna de ella en todo aquel tiempo. Habrían pasado años desde la última vez que pudieron hablar con tranquilidad. Vermillion nunca llegó a pensar que ella en específico acabaría en un sitio como la Torre, y encima con semejante vestimenta. A lo mejor nunca llegó a conocerla tan a fondo como se pensaba.

Y, sin embargo, su carácter era exacto al que recordaba. Fuera cual fuese la razón por la cual ella se encontraba allí, Vermillion lo tenía claro: seguía siendo ella. La única diferencia era que se había convertido en eso, y, por ende, en una de ellos.

Tras habérselo pensado, cedió y dejó que la armadura hojeara las páginas del registro. Entretanto, esperó con algo de impaciencia hasta que ella encontró la página que buscaba. Esta contenía información sobre la pieza del centro de la sala, por lo que dobló la esquina de la página y señaló la ilustración. Cuando hubo recibido el libro de vuelta, se levantó para inspeccionar el objeto en cuestión y contrastar la información del registro.

Le sorprendió que algunos de los artefactos en exposición estuvieran atrapados tras vitrinas, a la vez que otros se encontraran disponibles sin restricción alguna. Por ejemplo, en la vitrina del centro estaba expuesto un escudo con un estandarte tallado de un ave con cola de serpiente. A diferencia de otros escudos más pequeños del mismo diseño que pudo ver en el resto de la torre, aquel era de un material más reforzado y robusto, aunque con visibles rasguños. Pese a su uso, había conservado gran parte de su magistral forma. Vermillion no tardó en encontrar una réplica a acuarela de dicho escudo en la página en cuestión, la cual no le hacía justicia alguna. Resultaba que tiempo atrás aquel tipo de escudos eran los que más se utilizaban en la Torre, en tanto que su capacidad de defensa era increíble. No obstante, resultaban algo incómodos de sostener durante largos periodos de tiempo, por lo cual se utilizaban más apoyándolos en el suelo. Otra estrategia popular, antes de que cayeran por desuso para dar paso a escudos más ligeros, era la construcción de una coraza hecha con varios escudos, de manera que cualquier persona que estuviera dentro del habitáculo creado dentro de la coraza estuviera protegida de ataques provenientes del exterior. Con una mirada hacia la armadura, se preguntó si alguna vez se vio obligada a emplear aquella curiosa maniobra.

Cuando se cansó de mirarlo pasó a otra vitrina, donde había una corona de laureles bañada en oro, ¿o era hecha de oro? Vermillion decidió no liarse por tecnicismos: la cosa era dorada. Pese a lo simple del concepto, se sintió algo maravillado al

verla. Jamás había tenido la oportunidad de ver una de aquellas con sus propios ojos, y menos de aquel material. Siempre se las había imaginado, cuando leía sobre ellas en libros de historia, como un círculo de ramas enredadas entre sí sin ton ni son. Sin embargo, la sencillez de la corona le daba un toque refinado que no se esperaba. Tenía entendido que los mandamases las encargaban para que solo les cupiera en su propia cabeza, y no en la de nadie más. Trató de imaginarse al tipo de persona que llevaría una corona de aquellas dimensiones; llegó a pensar que tendría una cabeza algo pequeña. También supuso que más de uno se habría atascado al intentar ponérsela cuando no debía, cosa que se le sacó una sonrisa sin quererlo. Por alguna razón, le enterneció visualizar a la armadura con la corona puesta. Cuando la miró de reojo para ver cómo andaba su herida, vio que todavía estaba sentada, y que prestaba suma atención al vendaje. A la misma vez que ella levantó la vista, Vermillion se volvió para evitar su mirada.

Lo que le siguió a la corona le fue algo sorprendente. Era nada más que un manojo de llaves antiguas, corroídas por el óxido. El estado de las largas y ornamentadas llaves dejaba mucho que desear; hasta el llavero estaba en las últimas. Nada más ver su estado, comprendió por qué estaban tras la vitrina. A la mínima que alguien las agarrase y se hiciera una herida con ellas, corría el peligro de contraer cualquier enfermedad. De hecho, cuando le conoció, supuso que Vértigo llevaría consigo un manojo parecido a dondequiera que fuera. ¡Cuán equivocade estaba! Imaginó que aquellas llaves albergarían la entrada a algún otro lugar recóndito de la Torre, al cual podría o no haber llegado con anterioridad. Con aquella idea en mente, abrió el libro registro para buscar la página que describía las llaves. Al contrario de lo que quería pensar, aquel manojo pertenecía a la puerta principal de una casa que fue saqueada años atrás. Vermillion no podía encontrar conexión alguna entre aquella anécdota y el Cuerpo de Caballeros, cosa que le extrañó a sobremanera. Ciertamente, no podrían haber sido ellos quienes... Volvió a mirar a la armadura y apretó fuerte las páginas del registro.

Trató de olvidarse del asunto acercándose a un conjunto de armas en exposición. También diferían de las que había podido ver en la sala de armas, en tanto que no se trataban de las armas que utilizaría un caballero en sus labores. De hecho, eran de un carácter tan rudimentario que lo más probable fuera que hubieran sido creadas por cualquier persona de a pie. Pese a la poca experiencia de quien las creó, eran de composición robusta; la gran mayoría eran lanzas, arcos y flechas, con alguna que otra espada de filo ancho aunque no demasiado grueso. Un puñado de armas que no estaban hechas para la guerra se encontraban en mitad de todas aquellas reliquias y joyas... Una yuxtaposición despampanante sin duda, pensó. Tampoco encontró demasiada información relevante en el registro sobre ellas, así que se contentó con lo que ya podía saber de ellas con una simple mirada.

Aparte de eso, también pudo ver un colorido atuendo sobre un maniquí. Eran unos ropajes sueltos y de manga boba, los cuales cubrían gran parte de la figura de su portador. Podría decirse que era algo parecido a una túnica, aunque Vermillion no los clasificaría como tal. Esto se debía a que la tela del torso no llegaba a las caderas, quedándose en el espacio entre estas y la cintura. Por supuesto, tenía

???

83 111 121 32 121 32 110 111 32 115 111 121 46 32 83 111 121 32 101 108 32
116 111 100 111 46 32 83 111 121 32 121 111 32 100 101 108 32 116 111 100
111 46 32 191 81 117 105 233 110 32 115 111 121 63

Al regresar del paseo, date prisa y escóndete: a tu mano derecha habrá una cómoda vacía.

En el espacio sobrante encontrarás una pieza del rompecabezas. Ruego lo que te depare una vez hayas llegado quede entre tú y yo.

Lamento no poder enseñarte el mosaico completo. Espero que lo entiendas.

- P »

Nada más hubo terminado de leer la carta, se tuvo que aguantar las ganas de estallar en éxtasis. Era, de forma innegable, su letra; la letra de ella, con su inicial y todo. Tomó el papel y prometió atesorarlo como si fuera lo último que tocarían sus garras en la vida. Así y todo, había una parte del escrito que le resultó algo difusa:

—Y, ¿cómo sé yo cuándo va a nacer la tarde, si la ventana está...? — Antes de que pudiera terminar la frase, vio como la luz de la temprana tarde se colaba de entre los barrotes de la previamente tapiada ventana.

Un dulce viento también llegó a la habitación, el cual hizo recordar los días que se había quedado en la Torre. Pese a añorar la frescura del mundo exterior, debía quedarse en cautividad. No tenía otra opción, al menos no hasta que pudiera verla de nuevo. Y, con suerte, podría escapar con ella de aquella extraña prisión. Quizá así podría compensar el tiempo perdido, aun si tuviera que esperar por ella años. Por el momento, solo le quedaba esperar al ocaso.

detalles bordados en un bonito color ocre, con la forma de aquella cresta que había visto ya hasta en la sopa.

Se le ocurrió agarrarla por los hombros sin más, y acercársela a su cuerpo para ver qué tal le sentaría llevarla puesta. Primero echó la vista abajo para mirarse bien, y después se volvió hacia la armadura:

— ¿Eh, o no? ¿¿Eh?? — Vermillion posó con las ropas de diferentes maneras, para el deleite de la armadura.

Aquel desfile improvisado hizo que se llevara una mano a la barbera, a la vez que subía y bajaba los hombros. Vermillion empezó a recibir punzadas en la cabeza nada más verla tan feliz, pero no le importó en absoluto.

Por último, se dirigió hacia una cosa que no se pensaba haber visto en aquel lugar ni en un millón de años: una pluma. La tomó, siendo esta más ligera de lo que esperaba. La miró detenidamente para verificar lo que ya sabía. Tiempo atrás tuvo la oportunidad de mirar aquella misma pluma, aunque no con la misma minuciosidad que en aquel momento. Por eso mismo, supuso que era una reciente adición a la colección, pues tan solo una persona pudo haberla traído hasta allí. La felicidad le inundó al darse cuenta de que aquella persona estaba junto a él en aquel momento. Un sentimiento de pertenencia le atrapó, pues no le hizo ni falta mirar el libro registro para conocer la historia de aquella pluma.

Antes de que pudiera darse cuenta, la armadura estaba intentando incorporarse de nuevo. Vermillion se apresuró a ayudarla, ya que temía que un tropiezo empeorase aún más su estado.

—¡Oye, ten cuidado! ¡Serás cabezota! — replicó a la vez que la armadura le empujó sin hacerle daño. — Sigues teniendo tanto orgullo como siempre, ¿eh?

Aquel último comentario hizo que se ganara un zarandeo más fuerte, a lo que él solo respondió con un practicado esquivar y una carcajada. Al haberse levantado del todo, señaló otra vez al libro registro y Vermillion dejó que volviera a pasar sus páginas. La armadura llegó a una página en blanco y se echó la mano a la barbera, poco después juntó el índice con el pulgar y agitó la mano a la vez que le miraba.

—¿Algo para escribir? Mierda, me parece que... — No tardó en rebuscar entre su pelo. —Qué va, no tengo nada.

En eso en que la armadura le devolvió el libro, se puso a su lado para que lo mantuviera abierto. A su vez, pasó la yema del dedo por el papel en diversas direcciones. Pese a no dejar marca, Vermillion reconocería aquellas letras invisibles en cualquier lugar.

—"SALIDA", —repitió.

Lo siguiente que intentó la armadura le dejó desconcertado. Tras señalarse a sí misma y a su acompañante, la armadura dibujó un círculo, lo que él supuso que era la sala en la que se encontraban. Acto seguido, trazó un rectángulo alto; la Torre. Hasta ese momento pudo seguir bien el esquema, pero después su dedo fue demasiado rápido como para que pudiera seguirle el ritmo. Se movió en todas direcciones, en zig-zag, en espiral, haciendo cruces, arcos y demás formas geométricas sin sentido.

Cuando Vermillion giró su mirada confusa hacia la armadura, ella le señaló de nuevo, y después se tocó frenéticamente el nacimiento del cabello varias veces. En específico, presionó la parte donde termina la frente, tanto en el lado izquierdo como el derecho.

—Mira, no sé qué quieres decirme, pero yo de aquí no me voy hasta que no--

Antes de que pudiera terminar la frase, la armadura volvió a pasar página tras página, como si no pudiera encontrar lo que estaba buscando. Lo hizo de una forma tan errática que tan solo era posible atisbar la manera en la que su mano se movía, sin ni siquiera poderse leer nada de lo escrito en las páginas. De nuevo, encontró una página en blanco, rehizo el rectángulo alargado, y dibujó un gran arco. Al terminar, volvió a señalarle, solo que apuntó a su vientre en vez de su cabeza.

—¿Quieres hablar de una vez? — Ella retrocedió. —Acabaremos antes si me lo explicas.

Muy a su pesar, todo lo que recibió fue silencio. La armadura no pudo hacer nada más que apartar la mirada.

—Ya he escuchado tu voz, no te hagas la tonta.

Al haber dado él un paso al frente, la armadura tan solo negó con fuerza. Él por qué se estaba echando para atrás en aquel momento era algo que no comprendía.

—¿Por qué no? ¿Qué te lo impide? — replicó a la vez que la armadura seguía negando. —Vamos, no hay nadie más aparte de tú y yo.

Por supuesto, la armadura no dio razón alguna. Tan solo se limitó a mirar detrás de Vermillion, lo que hizo que descubriera que tenía la mirada fija en la entrada a la sala. Como consecuencia, él insistió aun más:

—¡De verdad, que no pasa nada! ¡Solo estamos tú y yo! ¡Vamos!

Pese a todo, ella no dio su brazo a torcer. No cabía duda: de ninguna manera iba a conseguir que hablara si seguía así. Él se extrañó mucho ante tal circunstancia, pues no se le ocurría razón alguna por la cual estuviera obligada a permanecer callada. Barajando opciones, se le ocurrió que a lo mejor era fruto de su cargo, o quizá lo hiciera por razones de culto.

—Espero que puedas perdonarme.

La puerta de la habitación de Vermillion se abrió en seco, y la Torre entera se inclinó hacia ese lado. Fue tan repentino el movimiento que perdió el equilibrio y rodó de forma estrepitosa hacia su habitación. Siguió rodando hasta que se dio contra la pared con toda la fuerza de su cuerpo. Sir Vértigo, al haber estado flotando, salió ileso de aquella maniobra, y devolvió la inclinación de la Torre a su estado natural antes de cerrar de un portazo.

—La cena se servirá al atardecer, — replicó tras un largo silencio, a un volumen tan bajo que casi no se le oyó.

Al incorporarse, aunque no sin un quejido, Vermillion no pudo hacer nada sino aceptar la hostilidad de su huésped. Sin embargo, no encontró razón para enfadarse por dicha respuesta, pues ya tendría otras posibilidades de volverlo a intentar; si es que no le había echado antes de presentarse la oportunidad, por supuesto. Por una vez, trató de tranquilizarse y no rumiar demasiado en ello.

Y eso hizo, aunque no sin antes volver a revisar el libro registro. Quizá recordar cómo pasaba con ella por las reliquias en sincronía le tranquilizaría, o al menos eso se imaginó. Se reclinó en una silla a la vez que lo agarró con una mano, usando la otra para moverse entre las páginas. Lo abrió por donde quedó doblada la esquina, y, de la celeridad en que pasó las hojas, un folio doblado escapó hacia el suelo. Su sorpresa fue superlativa al leer su propio nombre escrito en una letra familiar al recogerlo del suelo.

Antes de continuar a su contenido, lo volvió a doblar, y miró a todos lados para confirmar que no quedaba ni rastro de aquel caballero. No podía correr riesgo de ser descubierto con semejante documento. Una vez estuvo satisfecho con el análisis de sus alrededores fue cuando inspeccionó lo que decía:

«Vermillion,

si estás leyendo esto, significa que no he podido convencerte. Si así lo deseas, no me queda otra que darte la siguiente información. No he tenido mucho tiempo para escribirla, pero espero te sea de utilidad.

Tras la puerta de tus lares se haya el camino hacia la verdad. Sigue estos pasos y te llevaré hasta allí:

Al nacer de la tarde, da paso ligero tras salir de la jaula, y gira a la izquierda.

Al llegar al portal, sigue recto hasta que veas una cara conocida; entonces, baja.

Al acabar el descenso, ve hasta el final de la cámara y vuelve por donde viniste.

Vermillion no podía comprender la dedicación con la cual su mano quería, aparentemente, salirse de su propia muñeca como si tuviera vida propia. Todo lo contrario, pues tratar de buscar a una persona que no quería ser encontrada no le sería para nada propicio. Si dependiera de él para seguir adelante, ya fuera por inexperiencia o por desconocimiento de causa, otro gallo cantaría. ¡Sería una desgracia perder de vista a tal persona! A medida que pensaba en esto, recordó un gesto reciente del cual había sido objetivo:

—Y aun así, Vértigo nos acabó encontrando...

Por supuesto, a su autoproclamada lógica perfecta le faltó considerar aquella variable. El que Vértigo estuviera buscándole con tantísima intensidad tan solo probaba su preocupación momentos atrás. No tenía nada que ganar al fingir cordialidad, pues era él quien tenía total control sobre su relación. Si bien no parecía que la Torre estuviera del todo bajo su poder, era Vermillion quien carecía de total control sobre ella. De igual manera que él no quería perderla, él no podía permitirse perderle.

Al final, acabó llegando a otro sitio. Se encontró en frente de sí una puerta. Una de madera, como las demás que había visto hasta aquel día. Tras abrirla, encontró un aseo. Se lo quedó mirando unos segundos. Tras eso, volvió a cerrarla. Poco le importaba ya. Vermillion emprendió el camino hacia su habitación de nuevo, dando por acabada su expedición.

El camino hacia sus aposentos fue algo espeso, pero conocido, pues pudo reconocer que estaba en uno de los pasillos más cercanos a su habitación. Tenía claro que no podía fiarse, pero al menos tuvo la sensación de que no se perdería. Más que nada, aprovechó para asesorar cómo había estado comportándose hasta aquel momento. No entendió por qué no hizo la conexión antes: estaba claro que quien hizo que perdiese el rumbo en primer lugar fue ella. Al final, Vermillion acabó montando un jaleo por nada.

A medida que paseaba, pensó en lo que decir cuando se encontrara con Sir Vértigo. Como si le hubiera invocado, pudo verle deambulando por el pasillo, no demasiado lejos de donde se encontraba la puerta de la habitación de Vermillion. Elle solo pudo verle de espaldas, pero como había vuelto a ocultar su cara con la capucha y ornamentos óseos, tampoco podría haberle visto la cara. Hacía tiempo que la boca se le había secado, y sintió un peso en el abdomen a la vez que se acercaba a él:

—Vértigo, — carraspeó. —Oye, eh... Mira, siento haberte tratado de tal manera antes. No debí haberme alejado tanto de tu lado en la excursión. Pensaba que... que estabas haciéndote el loco y apartándome a propósito.

No hubo respuesta. Vértigo tan solo levantó el mentón y se puso erguido, de manera que daba la impresión de que era aún más alto. Aun así, él continuó su disculpa:

De sopetón, su mente acabó en el confesionario. Como acto reflejo, nada más aquella idea apareció en su mente, se apresuró para deshacerse de ella. Sin embargo, fue incapaz de descartarla. Había pasado una fracción de segundo, y su mano reconfortante en la muñeca de la armadura se tornó una súplica.

—¿Quién nos va a escuchar?

—

Con un giro de pomo, Sir Vértigo irrumpió en la sala. Como era de esperar, él saltó hacia la dirección del intruso, quien se sorprendió de igual manera al encontrarle:

—¡Von Kavalier! ¡Dichosos los ojos, por fin damos con vos! Ilústrenos, ¿de qué manera ha llegado hasta aquí? Oh, debistéis haberos extraviado mientras no nos encontrábamos pendientes de su estado. ¡Un descuido mayúsculo por nuestra parte! ¡Menos mal que todavía os encontráis de una pieza, jamás nos habríamos perdonado que sufriérais por nuestra negligencia!

El caballero se le acercó con ansia, pero se detuvo a unos metros, como si hubiera recordado algo. Vermillion no pudo decir ni una sola palabra. Se quedó en el sitio, inmóvil, de manera que parecía que algo terrible sucedería si se moviera. Al no contestar, Sir Vértigo prosiguió:

—A propósito, ¿qué hacéis con eso? — señaló a la vez que ponía la vista en lo que Vermillion tenía en las manos.

En eso en que Vermillion se volteó para esconder el libro registro, su amiga la armadura se había esfumado. Ni rastro quedó de ella, si acaso solo la calidez de su brazo entre los dedos de Vermillion, así como un leve peso sobre sus hombros.

No podía acabar de creerse lo poco que duró su encuentro. Se le encogió el corazón al pensar en no haber sido capaz de descifrar lo que estaba intentando decirle. Cabía la posibilidad de que no pudiera volver a verla, y todo lo que le había dejado eran unas páginas con trazos invisibles.

—Lo tomé, — respondió de forma monótona.

—Ah, em... — Vértigo no estaba esperando tanta franqueza. Su respuesta llegó más tarde de lo esperado: —Podéis usarlo, si gustáis. Tan solo avisadme la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Jum, — asintió, y devolvió su vista al libro.

—...De acuerdo, — comentó, con intención de seguir la conversación. —Se está acercando la hora del almuerzo, ¿qué os parece si nos acercamos al comedor? ¿Suena bien?

—Ajá, — replicó, sin quitarle los ojos de encima.

Vértigo esperó unos segundos a ver si obtenía mayor respuesta que aquella. Al no aparecer, extendió su mano:

—Si lo deseáis, puedo traéroslo a vuestros aposentos en pos de que pueda leerlo con calma tras la comida.

—Ah, — agregó a la vez que lo apartaba del alcance del caballero. —Eh, no. Me lo quedo.

—Em... Muy bien. Acompañadme, entonces.

El trayecto hacia el comedor fue horrible tanto para una parte como para la otra. Siendo cierto que Sir Vértigo intentó romper el hielo en varias ocasiones, tan solo consiguió que el silencio se propagara más. Elle apresuró sus pasos y trató de evitar cruzar miradas con su acompañante. Y cuando lo hacía, era éste quien apartaba su mirada.

Distinguir el paso del tiempo le fue difícil a Vermillion. A la vez, sintió como aquel paseo se alargaba durante horas, pero también se le pasó en un abrir y cerrar de ojos. Tampoco enfocaba la mirada, de manera que su vista permaneció borrosa durante todo el camino. De hecho, acabó dándose cuenta de que podía notar como todo su cuerpo era borroso. Siendo cierto que estaba andando, más bien lo hacía por inercia; no tenía control ni sobre su andar ni sobre el movimiento de sus brazos. Era innegable que su cuerpo estaba allí, pero su ser, en resumidas cuentas, se encontraba en otra parte.

Y, de repente, estaba comiendo. La parte de su casco que se podía quitar estaba ubicada al lado del vaso más cercano, por lo que no precisaba alejarse demasiado para recolocársela. No pudo distinguir qué plato estaba delante de sus narices, ni siquiera procesó su sabor antes de tragar un diminuto trozo. Lo que sí pudo ver es que ya había terminado con más de la mitad de su almuerzo.

—¿Tenéis vos un segundo? — titubeó una voz familiar a su espalda. Pese a pedir permiso, no dio tiempo a que respondiera: —Os debemos una disculpa. No era nuestra intención dejarle a solas por la Torre en mitad del tour. Veréis, hay tan pocas gentes que pasen por aquí que... seguramente debimos emocionarnos de más a la hora de hacer de guía. Pero no debimos haberos perdido de vista, teniendo en cuenta cuán bella es, a la par que peligrosa. Nos referimos a la Torre, por supuesto.

Elle, impasible, no reaccionó. De hecho, ni se inmutó; tan solo dejó que él continuara con su monólogo a la vez que comenzó a beberse el agua:

—Sabemos que no os es sencillo confiar en nosos, aun menos sabiendo que le dejamos a su suerte. Mas, sabed que en nuestro corazón no encontrará nada más

esta era la manera que tenía Vértigo de alterar el orden de las salas. Quizá el hecho de que no tuvieran una forma tan sólida como las que manejaba él tan solo significaba que le faltaba práctica. Pero aun así, pese a no haberlo hecho jamás, la familiaridad con la que hizo el gesto por primera vez le resultó curiosa.

Habiéndolo pensado mejor, barajó que la armadura amiga también pudo haber utilizado aquella extraña técnica para sorprenderle. En aquel momento no había averiguado cómo lo hizo exactamente para que las partes de la pared volvieran a su sitio y les ocultaran. A más que pensaba en ello, más se daba cuenta de las diferencias entre la manera que tenían aquellos dos de mover las salas respecto de la técnica que acababa de descubrir. Sin embargo, tenía que ser la misma técnica, porque para Vermillion era obvio que lo que estaba haciendo era, en esencia, lo mismo, aunque le saliera de manera diferente debido a su novatez.

Y volvió a recorrerse las salas una a una en su búsqueda. Colores y formas y objetos y caras pasaron frente a elle, y se mezclaron y separaron y chocaron y armonizaron. Duraron un segundo, duraron una eternidad, duraron lo suficiente, duraron demasiado poco. Decenas y cientos y miles y un par de salas pasaron por sus ojos; ya había dejado de contar. Hacía rato que Vermillion no tenía control sobre sus actos, y aun si hubiera querido frenar para inspeccionar los mundos que estaba descubriendo a cada paso que daba, tampoco hubiera sido capaz de detener su propio avance.

Incluso había olvidado a lo que vino en primer lugar. El ansia de seguir infundando sus retinas con colores incesantes le había forzado a abandonar su propósito, de manera que el encontrar el cuarto de baño ya no era importante. Tan solo necesitaba seguir adelante, pero, ¿para qué? ¿Qué ganaba con ello? Se dijo:

—¡Esto tiene que parar! ¿Qué quieres de mí, mano mía? Dime, ¿qué es lo que ansías? ¿Es que acaso repetir ese gesto me tiene que guiar hacia lo que anhelas? ¡Respóndeme en este momento!

»¿Es avaricia, acaso? ¿El deseo de ver dónde está el límite? ¿Cual es la finalidad de tal verificación sino que acabe exhauste? ¡Sabes bien que los confines de la Torre no siguen lógica alguna!

»¿Cuántas veces vamos a tropezarnos con la misma piedra? ¿Es que no ves que es una causa perdida? ¡No podemos descubrir nada si no sabemos dónde está! ¿Por qué no puedes entenderlo? ¿Sigues en búsqueda del lavabo acaso?

»Es eso, ¿verdad? Todo esto era una excusa para volver a buscarla, ¿no? ¡Debería haberlo sabido! El que ella esté aquí te ha vuelto ruin y avare; ¡no piensas en otra cosa! Hay que ver, a la mínima que encuentras conexión con alguien a quien confiar y te comportas así... ¡Despierta!

»¡¿Por qué no puedes controlarte?! ¡Obedéceme, pues yo soy tu líder! No la podemos encontrar por mucho que quieras.

Todo apuntaba a que aquella incógnita no recibiría respuesta alguna. Por el momento, debía ceñirse a examinar la nueva estancia que había revelado. Por una vez, no era la vista la que le fallaba; por lo que fuera, aquella habitación, si podía llamarse así, teniendo en cuenta que se asemejaba más a un descampado, tenía una forma incierta y poco definida. Mirarla era en sí un reto, en tanto que enfocar la vista era tan fácil como hacerlo mirando por el rabillo del ojo. Incluso los colores eran difíciles de determinar; lo único que pudo sacar en claro era que la hierba silvestre era de un enfermizo verde neón, y el cielo de la tarde se estaba tornando rosado. En definitiva, daba la sensación de que aquella cámara con complejo de espejismo podía esfumarse en cualquier momento.

Tal y como encontró sus alrededores encontró a lo que supuso que eran dos personas: con proporciones caricaturescas, sus facciones reducidas a borrones sin definición. Sus voces también eran incomprensibles, más parecidas a berridos de animales que no a palabras pertenecientes a cualquier idioma. Los intentos de Vermillion para entablar conversación con aquellas personas tampoco fueron fructíferos, ya que actuaban como si elle ni siquiera estuviera allí. Hasta tocarles le resultó imposible, se escurrían entre sus dedos como manchas de tinta.

Una de ellas, cuya forma era la más tangible y estable, se situaba a la lejanía, con lo que aparentaba ser un farol. Era cuanto menos extraño, puesto que estaba encendido a plena luz del día. Aquella persona tampoco se immutó al haber venido Vermillion, por lo que optó por no darle vueltas al asunto.

Todo aquello era muy bonito, pero no era lo que estaba buscando en lo más mínimo, pensó. Trató de encontrar el borde de la estancia, con la esperanza de encontrar alguna otra puerta oculta más allá de su percepción. Le fue extraño no haberla encontrado, teniendo en cuenta cómo le gustaba a Vértigo engañarle con la disposición de las habitaciones. Sin embargo, eso no le detuvo en su búsqueda, así que probó a encontrar algún otro sitio por donde se escapara la razón y pudiera volver a encontrar la ausencia de todo. Razonó que sea lo que fuera aquello que hizo formó aquella estancia, y que solo fue capaz de averiguar cómo se hizo al haber estado rodeado de absolutamente nada. Así que debería volver a ella si quería seguir buscando otro camino que le llevara al baño.

Contempló la posibilidad de que, tal vez, si disipara del todo el escenario que le rodeaba, volvería más rápido. Supuso que era lo único que le quedaba para seguir adelante, puesto que era lo que le había funcionado hasta entonces. Trató de volver a concentrarse en aquel movimiento de mano para replicarlo una vez volviera. Esperó hasta que la realidad frente a sí se volviera a disipar, y entonces volvió a rasgar el espacio negativo entre elle y la siguiente sala. Acabó encontrando un lugar bastante parecido al de antes, en el sentido en el que no era capaz de distinguir lo que estaba viendo. Sin embargo, era sin lugar a dudas un sitio diferente, lo que le indicó que iba por el camino correcto.

Concluyó que debería repetir aquel movimiento si quería llegar al excusado. Al pasar entre habitaciones borrosas, a través de personas sin forma, se imaginó que

que arrepentimiento por lo acaecido esta mañana. Fue una superlativa irresponsabilidad. Y además--

—Vértigo... —suspiró tras terminarse el vaso.

—¿Sí? —exclamó.

—Cállate. — Mientras se levantaba del asiento, devolvió su casco a la normalidad. —Y déjame en paz, ya que estás.

Lo que ocurrió después, Vermillion no lo pudo recordar. Cuando volvió en sí, apareció en frente de la puerta de su habitación. En el momento en que Vermillion volvió a su cuarto, lanzó el libro contra la pila de apuntes que había recopilado los días anteriores. Inmediatamente después, se dirigió a la cama de la habitación y se dejó caer de cara. Lo último que quería en aquel momento era darle más vueltas al asunto. Su cansancio era tan excesivo que no dio ni pataletas, ni enseñó su ira de cualquier otra manera. Quizá si se volvía a dormir volvería a tener otra oportunidad de encontrarse con la armadura amiga. Era la hora del día idónea para echarse una siesta, después de todo.

Ponerse a pensar sobre la hora hizo que se extrañara del estado de la habitación. No pudo notar ni un sólo ápice de la luz del sol de la tarde, toda la iluminación provenía de las lámparas, en aquel momento encendidas. Curiose, dirigió su mirada a la ventana más cercana, y pudo ver que tras los barrotes algo tapaba el cielo. Hizo un esfuerzo en acercarse, y con la punta de su garra verificó el material. Era tierra.

Era de esperar que tal situación le pillase con la guardia baja, mas su paciencia se agotaba a pasos agigantados. Se estaba hartando de tanta tomadura de pelo y tanto sinsentido consecutivo. Intentó tranquilizarse recordando que en el lavabo contiguo era probable que hubiera otra ventana, y, con suerte, no estaría tapiada. Nada más giró el pomo, sin embargo, el aseo se esfumó también, en tanto que el marco de la puerta tan solo rodeaba más pared.

Su decepción era mayúscula. Supuso que tendría que ir en algún momento u otro, así que le tocaría encontrar otro aseo. Por supuesto, también tenía la opción de preguntarle a Sir Vértigo, pero... por el momento quería evitarle lo máximo posible. En consecuencia, no le quedaba otra que meterse otra vez en las entrañas de la Torre por su cuenta.

Tanta excursión le estaba volviendo loque poco a poco. Pero, pese a lo mucho que quería tirar la toalla y volver a su vida normal, sabía que no podía. Aquellas eran sus vacaciones, y si todo iba en su contra, tan solo tenía que hacer que las circunstancias se adaptaran a elle y no al revés. Si tanto quería; ya ni siquiera estaba segure de si era Vértigo o si se trataba de la mismísima Torre; que escapara de sus fauces, tendría que arrancarle de cuajo. Era algo que elle no podía evitar; una vez se le metía algo en la cabeza, quería llegar hasta el final.

Así que, basándose en su propia lógica, no le quedaba otra alternativa. Decidió curarse en salud y buscar el baño antes de que llegara la llamada de la naturaleza. Nada más salir de su cuarto, atravesó el camino hasta volver al comedor. Supuso que el aseo más cercano no podía estar demasiado lejos de aquella zona, así que comenzó a abrir puertas. Al igual que la entrada a su cuarto de baño personal, cada una de las puertas que abría no conducía a ningún sitio.

Estuvo tanto tiempo abriendo puertas que barajó el dar media vuelta y probar a ir por otro sitio que no fuera el comedor. Sin embargo, antes de eso, se fijó con atención en si había alguna escotilla o de trampilla que le dejara acceder a otra parte que desconocía. De no ser por su composición, hubiera puesto el comedor patas arriba buscando sitio alguno por el cual llegar al lavabo.

En seco, la puerta que daba acceso al comedor se cerró. El estruendo fue tal que Vermillion saltó del susto. Una puerta de tal tamaño no podría haberse cerrado así como así, por lo que fue rápido en identificar que alguien más debería haberla cerrado desde el otro lado. Al no haber escuchado paso alguno, se hacía una idea de quién pudo haberle cerrado la puerta. ¿Acaso podía haber alguien más inoportuno que aquel caballero? Todo lo que le había estado causando hasta el momento eran dolores de cabeza. Estaba seguro de que no echaría de menos en absoluto a aquel huésped de pacotilla. Estiró del pomo tras un suspiro, pero lo que vio fue lo que de verdad le quitó el aliento.

A primera vista, no era nada fuera de lo común. De hecho, no era nada; no había nada detrás de la puerta, literalmente. La pared no continuaba por detrás del marco, ni había pasillo, ni había ninguna otra habitación. Aquello le intrigó sobremanera, pese a que no pudiera comprenderlo del todo. Antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo, sobrepasó el marco de la puerta y se adentró, dejando atrás el comedor.

Más adelante tampoco había cosa alguna que pudiera encontrar. A más que avanzaba, más se hundía. La sensación no le fue extraña, ni tampoco era algo a lo que tenerle miedo; era, sencillamente, la nada. Ni siquiera un vacío frío y sin luz, tan solo la ausencia de todo. La única cosa que había era Vermillion, quien también era, a la vez, lo único que cabía.

En una nada tan espesa, ni siquiera había espacio para un solo alfiler. Pese a la falta de entorno, él era capaz de atravesar el espacio que no estaba ahí. Le costó, pero pudo al menos moverse de manera parecida a caminar. No obstante, aquel trayecto no le trajo recompensa alguna, en tanto que sus intentos de moverse no aportaron cambios en su ubicación. Confirmó al darse la vuelta que la puerta que daba al comedor estaba tan lejos como cuando entró. En aquel instante, todo lo que pudo hacer fue reflexionar:

—Piensa, — se dijo. —¿Cómo me muevo? ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Es porque le dije a Vértigo que se callase? ¿Me ha prohibido salirme de las zonas

comunes o algo? Qué va, no ha puesto problema alguno a que explore la Torre hasta ahora... Tiene que ser algo más... Tiene que haber algo más...

»¿Qué se me está escapando? Vamos, algo se me tiene que ocurrir... Ella sabría qué hacer, si tan solo estuviera a mi lado otra vez... Espera, ¿qué? ¿Ella...? Ella quería decirme algo, ¿no es así...?

»Ahh, pero... ¡Qué rabia! No pude entender nada de lo que quería decirme... ¡Ni siquiera me dijo nada de forma verbal! La mayoría del tiempo tan solo estaba pasando las páginas del--

Y entonces, paró de divagar. No sabía cómo, pero supo que aquello era lo que necesitaba para avanzar. De alguna manera, se sentía como si hubiera resuelto ese problema, y a la vez nada tuviera sentido. Era como si su cabeza hubiese dado en el clavo, pero no le dejara saber qué era lo que había descubierto.

—¿Qué? ¿Por qué...? Pero si yo no sé ni lo que...

Se detuvo antes de irse por las ramas al darse cuenta de que estaba intentando defenderse de un adversario que no existía. Fuera lo que fuera lo que su cabeza había averiguado, lo cierto era que se encontraba fuera de su comprensión. Decidió callar y fiarse de su cerebro, por una vez. Concentró su atención en la Torre, en lo que le rodeaba por todas partes. Se centró en las características del edificio en sí, sobre todo en cómo las habitaciones aparecían y desaparecían, en cómo había incontables entradas y salidas por doquier. En cómo era posible que la gente que habitaba allí pudiera ir de un lado a otro sin perderse.

Se paró a pensar en el tipo de personas en específico. ¿Qué tipo de vida sería esa, en las que gozaban de libre albedrío, y eran capaces de cambiar los fundamentos del sitio que consideraban su hogar según gustaran? ¿Qué tipo de vida sería esa? ¿Qué tipo de vida era necesaria para encontrar en semejante sitio un hogar? ¿Era Vermillion capaz de imaginárselo?

Su mano se movió por sí sola, y pasó una página que no estaba allí. La vista se le nubló, como si hubiera cambiado el enfoque de una cámara. Por bizarro y extraño que le pareciese, un sentimiento lejano a la par que difuso le invadió hasta lo más profundo.

La nada se acabó desvaneciendo, y pronto volvió el color y la luz. Pese a la poca definición de las imágenes a su alrededor, la claridad que encontró le sacó por completo del trance en el que se había metido. Tan pronto como aquella ráfaga cromática cesó pudo recobrar su equilibrio y poner los pies en el suelo.

—¿Cómo he hecho eso? —se preguntó a la vez que se miraba la garra. —¿Por qué sé hacer eso?